

EL CAMINO DE LOS SENTIDOS

**Javier Pitillas Torra
M^a Mar Pitillas Torra**

**Editoras:
Inmaculada C. Báez Montero, Eva Freijeiro Ocampo,
María Suárez Rodríguez.**

Pitillas Torra, Javier

El camino de los sentidos / Javier Pitillas Torra, M^a Mar Pitillas Torra,
editoras Inmaculada C. Báez Montero, Eva Freijeiro Ocampo, María Suárez
Rodríguez

Vigo : Universidade de Vigo, Servizo de Publicacións, 2014
214 p. ; 17x24 cm

D.L. VG 929-2014 – ISBN 978-84-8158-667-1

1. Camino de Santiago I. Pitillas Torra, M^a Mar II. Báez Montero,
Inmaculada C. III. Freijeiro Ocampo, Eva IV. Suárez Rodríguez, María
V. Universidade de Vigo. Servizo de Publicacións, ed.

914.4+914.6 Camino de Santiago
248.15(461.11 Santiago de Compostela)

Edición:
Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo
Edificio da Biblioteca Central
Campus de Vigo
36310 Vigo
Telf.: 986 812 235
sep@uvigo.es

© Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo, 2014

© Javier Pitillas Torra y M^a Mar Pitillas Torra

La referencia a la edición multimodal de esta obra se encuentra en la web:
<http://elcaminodelossentidos.webs.uvigo.es>

Printed in Spain - Impreso en España
ISBN: 978-84-8158-667-1
D.L.: VG 929-2014

Impresión: Tórculo Comunicación Gráfica, S.A.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluidos fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información e sistema de recuperación, sin el permiso escrito del Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.

Prólogo

EL CAMINO DE LOS SENTIDOS

Camino de Santiago y sordoceguera son dos conceptos entre los que *a priori* no existe ninguna unión. *El Camino de los sentidos* no solo vincula estrechamente estos dos términos sino que además nos narra una historia que va mucho más allá. Supimos de las proezas de Gerardo y Javier cuando hicimos las *Signoguías del Camino de Santiago*. El capítulo titulado “Los sordos en el camino” se nos quedaba corto para unos caminantes como ellos. Para darle el espacio que les correspondía los invitamos a dar una conferencia en la Facultad de Filología y Traducción de la Universidad de Vigo.

Desde el Grupo de Investigación de Lengua Española y Lengua de Signos (GRILES) organizamos una actividad extraacadémica: *Discamino: la sordoceguera*, un sistema alternativo de comunicación (http://tv.uvigo.es/video/index?mm_id=13934) y el 19 de marzo de 2012 Javier y Gerardo nos contaron su experiencia en el salón de grados José Antonio Fernández Romero de la Facultad.

Al poco tiempo ya dos alumnas de Filología Hispánica asistentes a la conferencia, Eva Freijeiro y María Suárez querían probar el tándem y empezaron a aprender de Gerardo mientras lo acompañaban a las clases de música. Después vino lo de manejar el triciclo-tándem para seguir la estela de Javier.

La alegría que desprende Gerardo, el chico que “oye poco, ve poco y habla mucho”, como él mismo se presenta, nos ha cautivado desde un primer momento, pero, sin duda, su lucha constante y su vitalidad nos ha dado una verdadera lección de vida demostrándonos que los límites son invenciones que se han creado para ser superados. Sin embargo, Gerardo no es el único aventurero; como él hay cada vez más personas que se están uniendo al proyecto de Javier: nuevos valientes que deseen superar las dificultades o nuevos colaboradores que contribuyan a conseguirlo.

Su esfuerzo deportivo fue reconocido con el premio *Vida e Valor Solidario* en la Gala del deporte de la Universidad de Vigo de 2012.

Esta actividad, inicialmente extra académica, también se convirtió en académica y por eso la asignatura de 5º curso de Hispánicas *Comentario filológico* decidimos hacer una práctica que nos permitiese adaptar el sentido filológico de los textos escritos a las tecnologías y a la vida de estas personas. Es sorprendente que estén tan cerca y no nos enteremos porque como no hacen ruido se nos hacen invisibles.

Nuestra manera de reconocer su enorme valor es hacer llegar esta historia, su historia, al mayor número de personas posible. Por eso, una vez conocida su aventura así como sus protagonistas era necesario aprovechar las herramientas de las que disponemos para difundir *El Camino de los sentidos*.

Las nuevas tecnologías nos permiten avanzar un paso más en la edición de textos y se nos abren las puertas a nuevos formatos poco convencionales aunque igualmente importante para que todo el mundo tenga acceso a ellas. De esta manera, además de la edición original, escrita por el propio Javier a modo de diario, hemos incluido una versión en braille, otra en lengua de signos y, por último, un audiolibro con el propio Javier como voz protagonista.

La pretensión de realizar una edición que abarque diferentes formatos supone un verdadero reto filológico por la innovación que supone pero también procuramos demostrar que valiéndose de los instrumentos disponibles es posible.

El aparente sinsentido de *El Camino de los sentidos* ha puesto sentido a la tarea filológica con el trabajo que presentamos. Un desafío de lectura total y para todos, una edición de *El Camino de los sentidos* para los sordos que hablan lengua de signos, y para los ciegos que leen en braille, y para los que prefieren oír el testimonio de Javier de viva voz.

Somos filólogas, nos ocupamos de textos escritos, de enseñar y de acercar las obras literarias a sus posibles receptores para que los pensamientos de Gerardo que Javier escribió traspasen las barreras. Aprovechar el sentido del tacto y editar en Braille, aprovechar la vista y traducir a LSE, aprovechar el oído y leerlo en voz alta porque los olores y los sabores están en las descripciones de los autores y los caminantes.

También hemos contado con la ayuda del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, la ONCE, TelTek, ASPAVI (Asociación de padres de personas con discapacidad intelectual de Vigo), APAMP (Asociación de familias de personas con parálisis cerebral)... y en especial de Javier Pitillas, por habernos brindado su apoyo, su tiempo y su voz.

Las autoras de la edición



Introducción

Con permiso de Víctor voy a utilizar algunas de las frases que salen en la presentación de su documental, *El camino de los sentidos*.

“Piensa en los sonidos del campo: el canto de los pájaros, el rumor de los riachuelos, las voces de los animales y las de los árboles al ser mecidos por el viento... y piensa en los sonidos de los caminantes: sus conversaciones, sus risas y sus canciones, el crujido de las piedras, la tierra y las hojas al ser pisadas, el golpeteo de los bastones contra el suelo... AHORA, IMAGINA QUE NO PUEDES OÍRLO.

Piensa también en todas las imágenes que tiene el Camino: el arco iris de colores de las flores, los verdes de la hierba y los campos, los marrones de los árboles y la tierra, los azules del agua y el cielo, los cambios de luces del amanecer y el crepúsculo... AHORA, IMAGINA QUE NO PUEDES VERLO. ¿QUÉ TE QUEDA?”

A pesar de llevar más de trece años con Gerardo no pude evitar emocionarme cuando vi por primera vez la presentación porque, es cierto, si no puedes ver ni oír, ¿qué es lo que te queda?

Pero... ¿de qué estamos hablando? Creo que será mejor que nos presentemos. Mi nombre es Javier y, Gerardo... ¿quién es Gerardo? ¿Cómo hago para explicárselo a ustedes? Vayamos por partes: GERARDO FERNÁNDEZ COSTA, varón de treinta y un años, nacido en Vigo el día once de abril de 1978. Hijo de Ángeles y Gerardo. Segundo de cinco hermanos; tres mujeres y dos hombres. Sordo y ciego desde su nacimiento aunque con un resto de audición en su primera infancia que le permitió oír lo suficiente para aprender a hablar de forma bastante inteligible. Alumno del colegio de la ONCE Santiago Apóstol de Pontevedra del que salió al cumplir dieciocho años. En la actualidad se encuentra en el centro ASPAVI, un centro de día donde recibe una atención integral diurna como persona adulta con dependencia física compartiendo horas de formación académica con actividades de ocio y ocupacionales.

A alguien podría bastarle esa retahíla de datos, pero yo, sinceramente, creo que seguimos sin saber realmente quién es Gerardo. Para ello necesitamos algo más. Como he dicho, hace más de trece años que entré en contacto con la ONCE como entrenador de atletismo. A lo largo de todo este tiempo, han sido varios los atletas invidentes con los que he tenido el privilegio de poder trabajar. Los he tenido de todos los niveles: desde el exclusivamente aficionado que simplemente se acercaba

a la pista de entrenamiento con el objetivo de mantener su salud y aspecto físico dentro de lo razonable, hasta el completamente profesional que vivía casi exclusivamente por y para el atletismo. Pero... por mejores que hayan sido los resultados alcanzados por algunos de ellos, y puedo asegurar que los ha habido de primer nivel y no precisamente por mis méritos como entrenador sino por su entrega y calidad deportiva (varios títulos y sub-campeonatos nacionales y dos títulos mundiales de categorías menores), como decía, por mejores que hayan sido esos resultados y por más dedicación y entusiasmo que todos ellos hayan derrochado a mi lado, no ha habido otro como el primero. Mi primer vínculo con el mundo de los deportistas invidentes fue Rosa, una profesora de educación física del colegio Santiago Apóstol de Pontevedra. Ella fue la que puso en mis manos a ese que he dado en llamar “mi primer alumno”. Se trataba de Gerardo, un muchacho sordo-ciego de dieciocho años cuya gran pasión era el deporte. Gerardo era un verdadero torbellino de palabras y de deseo de acción. Todo lo que hacíamos era siempre poco para él; nunca parecía estar lo suficientemente cansado. Sus dos principales aficiones eran la carrera a pie y la bicicleta. En aquella época todavía tenía un resto de visión lo bastante aceptable como para que pudiéramos acercarnos a un campo de fútbol y dejarle montar su bici. Con ella trazaba grandes círculos que nos ponían el corazón en un puño cada vez que se acercaba demasiado a una de las porterías sin que hubiéramos podido hacerle frenar. Con el paso de los años su situación física fue empeorando. Perdió por completo la audición y, casi al mismo ritmo, lo poco que le quedaba de vista. Hace ya unos años que su padre le tiró la bicicleta a la basura después de que se fuera de frente contra una pared. Aquel fue su último paseo sobre dos ruedas y el primer día del rezo de su letanía de ruegos y ensoñaciones: “Javier, ¿me acompañas al Alcampo a ver bicicletas? ¿Crees que podré volver a montar en bicicleta algún día cuando se me curen los ojos? La bicicleta que me voy a comprar cuando tenga los ojos bien tendrá ruedas de montaña, ¿sabes?...” En el momento actual no oye absolutamente nada y lo poco que ve no le sirve prácticamente más que para leer letras gigantes en su tele-lupa y evitar tragarse una pared si en alguna ocasión su acompañante se despista y le deja caminar demasiado cerca de ella. En esas condiciones es impensable dejarle usar una bicicleta. Seguro que se están preguntando por qué no salimos a pedalear en un tándem. Les aseguro que lo intentamos un montón de veces pero resulta que a su sordoceguera se añade un problema de falta de equilibrio tan grave que no hay forma de subirnos al tándem y no acabar por el suelo. Han pasado trece años desde aquel primer día y desde entonces se nos han ido reduciendo paulatinamente las posibilidades. Ahora tampoco podemos correr debido precisamente a ese problema de equilibrio. Pero no crean ustedes que eso

ha podido con el ánimo de Gerardo. No, ni mucho menos. Desde hace tres años hemos dado un giro y ahora nos dedicamos al trabajo de gimnasio y al lanzamiento de peso. Es feliz cada vez que coge una barra de pesas o un balón medicinal, pero... le sigue faltando su amiga la bicicleta.

Ahora sí se puede decir que conocen ustedes a Gerardo. No sé muy bien en qué momento dejó de ser mi alumno y pasó a ser mi amigo. A lo largo de estos años hemos hecho bastantes cosas juntos, desde asistir a clase de lengua de signos a pasar algunos fines de semana de convivencia con el resto de personas sordo-ciegas de Galicia, pero lo que de verdad nos une es el deporte. Los dos disfrutamos haciendo ejercicio y a los dos nos vuelve locos la bicicleta. Hace dos años vi un cuadríciclo en un desfile de carnaval. Le pregunté a las personas que lo montaban acerca de su procedencia y me puse en contacto con sus propietarios que no eran otros que la empresa de Coca-Cola de la ciudad. Fui a hablar con ellos, les expuse la situación y pusieron el aparato incondicionalmente a nuestra disposición. Fui un par de veces con Gerardo a dar un paseo con él pero era un suplicio. Enormemente pesado y apto solamente para lentos paseos o desfiles. Nosotros necesitábamos algo mucho más ágil y deportivo. Me puse a buscar en la red y conseguí localizar lo que buscábamos. Era realmente un sueño: tres ruedas para obviar la cuestión del equilibrio y conducción desde el asiento trasero para poder comunicarnos durante la marcha. En cuanto los vi pensé hasta dónde podríamos llegar con algo así. Con cualquiera de ellos Gerardo podría sentarse y pedalear por donde quisiera. No tuve que esforzarme mucho para imaginarlo pedaleando por el parque, la carretera o cualquier camino. Me faltó tiempo para ir a verle y plantearle un reto: “¿serías capaz de pedalear desde Francia hasta Santiago si consigo una bicicleta de tres ruedas para los dos?” ¿Adivinan cuál fue la respuesta? Un SÍ tremendo y es por eso que lo pongo en mayúsculas y lo resalto en negrita.

El camino para conseguir el triciclo también fue arduo aunque, si me paro a mirarlo en tranquila retrospectiva, debo reconocer que no fue tanto como en principio esperaba. Hay que recordar que estamos hablando de un desembolso cercano a los 5000 € ya que se trata de un aparato que no se fabrica en España. Por tanto, hay que traerlo *ex profeso* del extranjero y debido a la escasa demanda existente, los costes se disparan. Confeccioné un *dossier* explicando lo que necesitábamos, para quien lo necesitábamos y por qué lo necesitábamos y se lo presenté a la Federación de Asociaciones de Personas Sordas de Galicia (FAXPG) y a ASPAVI para que me dieran su opinión y me orientaran hacia dónde dirigir la solicitud ya que las dos son asociaciones bastante escasas en recursos que sobreviven de las subvenciones que reciben de organismos oficiales. Ambas estuvieron de acuerdo en que el primer

lugar al que había que dirigirse era a la ONCE. Me presenté en la sede de la Organización Nacional de Ciegos de España y, después de explicar lo que pretendía, me acompañaron a un despacho. Como lo cortés no quita lo valiente, diré que me recibieron muy amablemente pero, cuando terminé de explicar la situación, me dijeron que, a pesar de que Gerardo es ciego y está afiliado a la ONCE desde su nacimiento, al tener una segunda discapacidad, sus necesidades no entran dentro del ámbito de la organización. No obstante, me aseguraron que trasladarían nuestra solicitud a la Fundación ONCE, entidad a la que hay que dirigir las peticiones para personas con multi-discapacidades. Al poco tiempo nos respondieron que, lamentándolo mucho, no podían sub-subvencionar el triciclo porque eso suponría distraer una importante cantidad de fondos para una actividad puntual de una única persona. De nada sirvió decir que no era ese el objetivo al que iba a destinarse el triciclo ya que, una vez finalizado el Camino, continuaría siendo un elemento fundamental en la vida de Gerardo y en la del resto de personas con discapacidades similares a las que pudiera serles útil el vehículo.

¿De dónde íbamos a sacar el dinero? Empezamos a pensar en las diferentes entidades privadas susceptibles de hacer un desembolso semejante y elaboramos una lista de candidatos. En eso estábamos cuando mi hermana Montse, desplazada durante unos meses por cuestiones profesionales a Venezuela, me dijo que había comentado de pasada nuestro problema con un conocido suyo, un emigrante español de nombre Alejandro Gonzales, y que el hombre le había dicho que no nos preocupáramos, que él mismo se haría cargo de la compra del triciclo. Debo reconocer que al principio fui un poco escéptico al respecto pero a los pocos días habían ingresado en mi cuenta del banco la cantidad de 6000 € para los gastos del tándem.

Solo faltaba traerlo de Holanda. Cogí el *dossier* y lo llevé a las principales tiendas de bicicletas de Vigo y se lo entregué pidiéndoles que colaboraran con nosotros de tres formas: importando el triciclo como distribuidores del mismo, que se comprometieran a hacernos el mantenimiento y las posibles reparaciones y nos sirvieran como lugar en el que hacer valer la garantía en caso de que hubiese algún problema. Unos nos dieron largas, otros muy buenas palabras pero nada tangible y, finalmente, ANCA, nos lo dio todo. Llegué a la tienda una mañana y pregunté por el propietario o por el encargado. Me preguntaron cuál era el motivo de mi visita y se lo expliqué. Fueron a avisar al jefe y, después de escucharme, hizo llamar a uno de los empleados.

—Richi, encárgate tú de ver esto —le dijo al trabajador y luego, dirigiéndose a mi. Explíquele todo con detalle para que luego él me lo traslade.

No pudimos haber caído en mejores manos. Richi es de ese tipo de personas a las que no les importa utilizar su tiempo libre para hacer cosas por los demás. Según nos confesó tiempo después, se enamoró del proyecto en cuanto lo vio y, cuando días más tarde conoció a Gerardo, decidió apoyarnos hasta el final. ¡Y vaya si lo hizo! Se puso en contacto con la fábrica holandesa; le presentó a su jefe un estudio detallado de todo; llevó adelante la gestión de la compra y distribución del vehículo; organizó un ciclo-maratón benéfico para recaudar fondos; diseñó la ropa que llevaríamos durante la ruta... De hecho, aún continúa apoyándonos. Además, estoy seguro que fue gracias a su interés y lo que abogó por nosotros por lo que al final ANCA nos vendió el triciclo a precio de costo, es decir, sin reservarse ni un solo euro de ganancia.

El Copilot, que así es como se llama el triciclo-tándem de *Freewiel*, llegó a Vigo a finales de Junio pero no lo tuvimos en nuestras manos hasta el tres de julio que fue el día en que se celebró el ciclo-maratón organizado por Richi con el permiso de ANCA. Lo llamé “Pedaleando por un sueño” y la idea era colocar un par de bicicletas en sendos rodillos y tenerlas todo el día funcionando con personas que quisieran colaborar con el proyecto. Al lado de las bicis habría una hucha en la que se depositaría el donativo. La mañana no ofreció mucho movimiento, apenas dos chavalitos del club ciclista de Richi y un par de amigos, uno de Adolfo y otro mío, así que nos tocó a nosotros cubrir casi todos los relevos usando una sola bicicleta. La pausa del mediodía la ocupó en su totalidad Richi que renunció a su descanso y nos dio a nosotros la oportunidad de ir a casa a comer. Por la tarde hubo algo más de participación y a las 20:00 h, hora de cierre de la tienda, después de que Gerardo hiciera el último relevo, se llevó a cabo el acto de la entrega del triciclo.

Se había pasado una nota a todos los medios de comunicación de la ciudad, tanto prensa escrita como televisión informándoles del acto e invitándoles a participar en él. De todos ellos, solo uno respondió a la invitación diciendo que enviaría un reportero a las seis de la tarde. Los demás no dijeron nada, pero, aun así, hasta el último momento mantuvimos la esperanza de que aparecieran. Nos equivocamos. No vino ninguno y cuando digo ninguno, no me refiero a ninguno más, sino que lo que quiero decir es que no vino absolutamente ninguno. Ni tan siquiera el que había confirmado su presencia y que nos tuvo en vilo toda la tarde, especialmente a Isabel, la directora de ASPAVI, que vino adrede para la entrevista atendiendo a nuestro ruego de que fuera ella la que contestara a las hipotéticas preguntas.

Si fue un chasco el hecho de que a ningún periodista le interesara lo que iba a suceder en ANCA aquella tarde de verano, más disgusto nos llevamos con la reacción de Gerardo cuando tocó el triciclo.

—¡Esto no me gusta! ¡Bop! Yo quiero un asiento estrecho y blanco como el de Adolfo. Este no me gusta. Y quiero ruedas grandes, de montaña. Esta bici no me gusta.

Juro que lo hubiese estrangulado y no por mí, que como lo conozco de sobra, estaba seguro de que en cuanto se montara en él y comenzara a pedalear se le iban a ir todas las manías. Me dio una rabia tremenda por Richi y por la gente que estaba allí acompañándonos.

Cuando ya lo hubo tocado por todas partes y se hizo una idea completa de cómo era aquello, los sacamos a los dos, triciclo y ciclista, a la calle ante la atenta mirada de su familia, miembros de la Comunidad sorda de Vigo y de Galicia en general (habían venido varias personas de Coruña, Geli, a la que luego conoceremos, entre ellas), personal de ANCA con Richi como abanderado y varios amigos de todas las partes implicadas. Subimos al triciclo, él en el asiento de delante y yo en el de atrás y comenzamos a pedalear con suavidad. ¡¡Menudo susto!! El suelo en el patio de ANCA es muy inclinado y, entre eso, el peso de Gerardo, lo que se movía al resbalarle los pies de los pedales y lo muy distinto de manejar con respecto a una bici tradicional, faltó bien poco para que nos fuéramos contra un bordillo. Después de dos intentos, le pedí a Richi que fuera él el que pedaleara y yo me encargué de equilibrar a Gerardo. Así sí que funcionó la cosa. Él seguía un poco empecinado en que no le gustaba el tipo de sillín y otro par de cosas por el estilo pero el caso es que la botadura del Copilot fue todo un éxito. Había que hacerle un par de modificaciones y dedicar tiempo a controlar su manejo, pero lo fundamental era que ya lo teníamos en Vigo. Se quedó allí aquella noche porque no quería llevármelo sin cambiarle los pedales y otro par de cosillas.

El día siguiente era sábado y yo no trabajaba así que me acerqué a ANCA por la mañana para ponerlo a punto y recogerlo. Le pusimos pedales automáticos para que Gerardo pudiera llevar los pies sujetos y lograr de ese modo la estabilidad necesaria. También le cambiamos los sillines y las tijas que llevaba por unas más largas. ¡Ah!, y le colocamos porta-bidones. Iba ya a marcharme cuando llegó Montse, la esposa de Richi, y, entre bromas, logramos que se subiera delante y se dejara llevar por su marido. Visto desde fuera parecía muy fácil pero claro, no era lo mismo pedalear con Montse, ligera como una pluma y con control absoluto de su cuerpo, que llevar a mi futuro copiloto, con bastantes más kilos y muy inestable.

Cuando salí del estacionamiento de ANCA iba más tenso que el último estiramiento facial de Sara Montiel. Pedaleaba despacio, acostumbrándome a girar el manillar en vez de usar la cadera como hacía con mi bici de dos ruedas. Al salir de plaza de América ya me había hecho con el truco y comencé a soltarme un poco. La gente miraba el triciclo como si fuera una máquina del espacio. No sé que era lo que les extrañaba más, si la distribución de las ruedas o el hecho de que no fuera nadie en el asiento de delante. Fueron varios los que le echaron piropos al tándem y unos cuantos los que dijeron tonterías, pero a quien le importaba. La realidad era que teníamos un mes y medio por delante para entrenar y que íbamos a empezar esa misma tarde.

Quedé con Adolfo a las 16.00 h para salir con el triciclo. Como los dos usan el mismo número, le había pedido que se trajera el calzado automático para que Gerardo probara su funcionamiento. No habíamos podido comprar unos para él porque no quedaban en la tienda. Habría que esperar a que las repusieran.

Acabo de darme cuenta de que llevo un buen rato hablando de Adolfo y aún no he dicho quién es. Adolfo es mi vecino y es sordo, pero un sordo muy especial. A pesar de ser sordo profundo puede hablar con una modulación casi perfecta y es capaz de llevar una conversación completamente normal sin que se le note su problema si tiene la posibilidad de ver los labios de su interlocutor. No controla la lengua de signos, porque nunca se integró en la comunidad sorda, ya que, gracias al esfuerzo de su madre, y, por supuesto, al suyo propio, vivió siempre como si fuera oyente. A pesar de eso, ahora está empezando a estudiarlo y a relacionarse más con personas sordas, entre otros, Gerardo. Le conté lo de nuestra aventura y le pedí que fuera mi escudero, la persona que se encargara de llevar un carrito tipo tráiler enganchado a su bici para transportar el equipaje de los dos ocupantes del tándem. Aceptó enseguida. Muy buen chico este Adolfo.

Pero volvamos al lugar en el que estábamos. Hablábamos del primer entrenamiento. Pues bien, la prueba fue un éxito total. Estuvimos casi una hora practicando giros en ambos sentidos así como los frenos a contra-pedal, modalidad que nunca antes había utilizado y no hubo ningún problema. Al llevar los pies sujetos desaparecieron todas las complicaciones. Estábamos listos para salir a la carretera.

Los siguientes treinta días los aprovechamos a fondo saliendo tantas veces como el trabajo me permitió. Las primeras veces rodamos solo en llano por la carretera de Bayona pero poco a poco fuimos incorporando algunas cuestas. Todo iba de maravilla. Él estaba encantado. Disfrutaba de cada soplo de aire en la cara, de la sensación de velocidad y de la posibilidad de manejar esa sensación a su antojo

simplemente con hacer un poco más de fuerza con las piernas. Reía como un niño en las bajadas y resoplaba como un búfalo en las subidas. Tenía la mala costumbre de dejar de pedalear cuando se cansaba y eso me mataba ya que me dejaba a mí todo el peso del triciclo. Otra manía contra la que tuvimos que luchar era la de soltarse de una mano y alargarla hacia atrás girándose para que le hablara sobre ella en cualquier momento. No había problema en el llano pero en las bajadas resultaba muy peligroso por el desequilibrio que suponía. Poco a poco fuimos aprendiendo a conjugar todos esos detalles y eso hizo que disfrutáramos cada día más de las salidas a entrenar. Estábamos deseando que llegara el día dieciocho de agosto para subir en la furgoneta y marchar hacia Roncesvalles.

Pero no todo iba a ser flautas y violines

Era martes cuatro de agosto y tenía que trabajar pero pedí el día para salir a pedalear con Gerardo. Solo faltaban dos semanas para marcharnos y, aunque ya habíamos hecho alguna salida relativamente larga, creí que todavía necesitábamos hacer unas cuantas más antes de que llegara el día “D”. Había quedado con su madre en que pasaría a por él a las 8.30 h, pero finalmente fui a buscarlo a las 7.30 h de la mañana. Llamé al timbre con la confianza de saber que en su casa madrugan mucho, especialmente él, que acostumbra a levantarse alrededor de las 6.00 h aunque tenga que quedarse sentado en la cama hasta que su madre le avise para que vaya a tomar el desayuno. Afortunadamente acerté y Ángeles respondió al telefonillo del portero automático al cabo de pocos segundos. Pedí disculpas por haberme adelantado y le pregunté si ya estaba listo mi compañero de fatigas. Dijo que sí, que estaba acabando de desayunar. Le pedí que no le apremiara en absoluto, que le dejara terminar tranquilamente de desayunar y que yo le esperaría abajo. Regresé al coche para esperarle pero apenas tuve tiempo de leer un par de líneas del manual de la furgoneta cuando ya le oí llamándome desde el portal. Dejé el libro en el asiento y salí a buscarle. Allí estaba, agarrado a la puerta, mirando en todas direcciones tratando de adivinar por dónde aparecería yo. Le di una palmada en la espalda y dejé que apoyase su mano izquierda en mi hombro.

—Eres un apurado —me dijo a modo de reproche. No me has dejado desayunar. Solo he podido tomar la leche sin comer nada.

Cogí su mano derecha y comencé a escribirle en ella.

—¿Por qué? —fue pronunciando él a medida que mis dedos depositaban las letras en la palma de su mano. Le dije a tu madre que no hacía falta que te dieras prisa.

—Porque quiero ir contigo en la bicicleta —respondió enseguida.

—Pero vamos a ir igual con la bicicleta aunque tardes más en terminar. ¿Quieres volver para acabarte el desayuno?

—No, no tengo hambre. Vamos. Después ya comemos algo.

Hace más de trece años que nos conocemos y a lo largo de todo ese tiempo nuestros encuentros han seguido esa misma dinámica. Llego a su casa, llamo al timbre, espero a que baje y... nada más tocarme, su saludo en forma de reproche: que si he llegado muy tarde, que por qué no fui a buscarle el sábado, que si he llegado demasiado pronto... Podría parecer que estoy hablando de alguien quejica

y protestón. No, en absoluto. Nada más lejos de la realidad. Basta ver la sonrisa que se esconde detrás de sus recibimientos para darse cuenta de que esas aparentes quejas no son más que su pícara forma de decir lo contento que está de verme.

Pero bueno, volvamos a lo que estábamos. Después de recogerle, fuimos hasta mi casa a por el triciclo y salimos hacia Bayona por la carretera de la costa. Pasamos Corujo, Canido y San Miguel de Oia antes de parar a comer unas chocolatinas que llevaba en la bolsa. Reanudamos la marcha por Sayanes, Panjón, Ramallosa y Gondomar. Nueva parada esta vez para cepillarnos un par de empanadillas. Hasta ahí habíamos disfrutado la parte llana de la etapa y estábamos a punto de empezar lo duro del día. De Gondomar subimos hacia Morgadanes, Chaín, Vincios y Valladares. Una vez en el alto de la Garrida, iniciamos la parte final con la bajada hacia Vigo. Iba todo de maravilla. Habíamos conseguido subir sin demasiado esfuerzo después de llevar ya algo más de 20 km en las piernas. Una buena señal de cara a lo que nos esperaba a partir del día dieciocho. Comenzamos a bajar y, como siempre, puse los cinco sentidos en la carretera, en la velocidad y en los posibles movimientos de Gerardo. Hasta ese momento siempre habíamos bajado utilizando el freno de las ruedas delanteras. Se trata de un freno de tambor accionado por la típica maneta de bicicleta. Con él acostumbro a terminar los descensos con los dedos engarfiados por el esfuerzo y la tensión. La última vez había decidido que probaría el resultado del freno a contra-pedal de la rueda trasera. Se trataba de pedalear hacia atrás accionando de esa forma el sistema de frenado.

Empecé la cuesta con mucha precaución ya que era la primera vez que utilizaba ese mecanismo y no sabía muy bien cuál sería su resultado. Fue todo de maravilla. La bici iba perfectamente controlada y el esfuerzo era mínimo. Pasamos el cruce de las Carneiras y continuamos descendiendo hacia el centro. Una curva a la derecha y decidí cambiar el pie que accionaba el freno. Moví el pedal hacia adelante y, una vez colocado el pie derecho en la parte de abajo, empecé de nuevo a frenar. De pronto el triciclo se cruzó. Realmente no sé cuál fue el motivo y eso que llevo tres días preguntándomelo. Quizá Gerardo hizo también presión hacia atrás y bloqueó el freno o tal vez fui yo que no tuve el tacto suficiente con el nuevo pie, el caso es que forcé la pedalada para desbloquearlo y cuando me di cuenta íbamos como un tiro hacia el bordillo derecho. Traté de desviar la trayectoria pero ya no tuve tiempo. Nos comimos el bordillo y volcamos. Gerardo quedó en la acera al lado del triciclo y yo salí volando, catapultado hacia adelante. Caí de espaldas y arrastré el codo derecho por el asfalto. Me levanté lo más rápido que pude y fui corriendo a buscar a Gerardo. “Por favor, por favor, que no le haya pasado nada”, iba pensando mientras me acercaba. Me arrodillé a su lado.

—“¿Estás bien?” —escribí en su mano mientras recorría su cuerpo con la mirada buscando alguna herida.

—Javier, ¿se te ha roto el móvil? ¿Cómo está la bici? Déjame tocarla —dijo de un tirón abrazándose a mí con fuerza.

—No te preocupes por el móvil ni por la bici. ¿Cómo estás tú? ¿Te duele algo?

—Estoy bien. Tengo arañazos en el brazo pero me duele poco. ¿Está rota la bici?

—Solo tiene una rueda doblada.

—Javier, déjame tocar.

—Mira —dije cogiéndole la mano y guiándola por la rueda averiada.

—¿Está rota! ¡Jooo! Ya no podemos ir de viaje —dijo desconsolado.

—Tranquilo que solo es una rueda y eso se arregla enseguida. No te preocupes por el viaje que podemos hacerlo igual —le dije mientras mentalmente rezaba para no estar equivocado.

—¿De verdad? —preguntó abrazándome de nuevo.

—Sí, hombre, sí. Ya lo verás.

Llamé por teléfono a Estela, mi mujer, para que viniera a recoger a Gerardo y lo llevara a casa. Entretanto yo, ayudado por un alma caritativa que paró al vernos en apuros, enderecé la rueda para poder regresar a casa con el triciclo (acabo de releer la frase anterior y creo que es mucho más justo y cierto decir que yo ayudé al alma caritativa ya que fue él el que trajo las herramientas y supo como desmontar y enderezar la rueda).

Llegué a casa y me miré con calma el codo por primera vez desde que había salido volando del triciclo. Tenía una herida no muy grande pero sí profunda con una costra bastante gorda de sangre coagulada y un reguero que me llegaba a la mano. También me dolían la espalda, los hombros, la cadera derecha y la mano izquierda. Me quité la ropa para ducharme y tuve que tirar de ella para despegarla. Tenía el *culotte* y la camiseta manchados de sangre y pegados a la piel.

Con lo bien que había ido todo durante las primeras cuatro horas de pedaleo hay que ver el desastre que se lio en un momento. Afortunadamente, y es lo principal, a Gerardo no le había pasado nada, la bici tenía un arreglo aparentemente bastante sencillo y lo mío se solucionaría con una buena restregada de agua y jabón,

Betadine, crema para quemaduras, gasas, apósitos, una gamma-globulina antitetánica y unos cuantos días de andar arrastrando los pies y durmiendo boca abajo. Un precio muy bajo para lo que podía haber sido. Además, saqué varias conclusiones muy importantes para la ruta del día dieciocho:

- Tengo que estar mucho más atento.
- No puedo despistarme ni un solo momento.
- Tengo que tener permanentemente controlados los movimientos de los pies de Gerardo, especialmente en los descensos.
- No puedo utilizar el freno a contra-pedal en las bajadas.
- Sería conveniente montarle al triciclo un freno trasero para manejar con la mano.
- Y, muy especialmente, HAY QUE BAJAR MÁS DESPACIO.

La misma tarde del accidente me presenté en ANCA para rogarles que nos repararan el triciclo. Mi idea había sido subir el triciclo pedaleando hasta el taller para que, además de arreglar la rueda, le echaran un vistazo a todo, pero la verdad es que me dolía todo el cuerpo y apenas podía moverme así que me limité a desmontar la rueda dañada y se la llevé en la furgoneta. La cara que puso Richi cuando la vio expresó bien a las claras lo que no llegó a decir. Se limitó a preguntarme cómo había sucedido, si iba yo solo o con Gerardo y cómo estábamos nosotros. Se lo conté todo y, con el corazón en un puño, le pregunté por la reparación.

—¿Se podrá arreglar?

—Claro que sí. Hay que buscar un arillo de veinte como ese y volver a radiarlo. Eso lo hace Matías en un momento. El problema pueden ser los radios que tienen una medida poco habitual —dijo y, metiéndose en el taller, le enseñó la rueda al mecánico y le preguntó—¿tendremos radios de este tamaño?

—No van a hacer falta —respondió Matías tras examinar la rueda durante un momento. Creo que puedo aprovecharlos todos.

Y así fue. Un par de días después me devolvieron la rueda, se la monté al tándem y lo subí al taller para que le hicieran una revisión completa. Le dije a Matías que me parecía que la dirección debía estar afectada por el golpe ya que la rueda derecha me daba la impresión de estar más abierta de lo habitual. Dijo que lo revisarían y, cuando nos lo entregaron, confirmó que, efectivamente, había tenido que corregir esa cuestión modificando la posición de las barras de dirección pero que ya estaba todo correcto.

Solo tuvo que pasar una semana, muy larga, eso sí, para que pudiésemos volver a subir en el tándem, y esa es otra de las cosas que tenemos que agradecerle infinitamente al personal de ANCA. Su rapidez en reparar el triciclo y, de nuevo, a coste cero.

No sabía hasta qué punto el accidente habría afectado la confianza de Gerardo y si sería capaz de volver a montarse y pedalear con la misma tranquilidad de antes. Las dudas se me disiparon enseguida.

—¿Dónde vamos hoy? ¿Podemos ir a Nigrán a ver a Pío? —me preguntó cuando fui a recogerle. Ni la más leve mención al trompazo.

No obstante, desde ese día, cada vez que pillábamos un bache, cogíamos un poco de velocidad en una bajada o me veía obligado a frenar un poco bruscamente, el pobre de mi copiloto pegaba un respingo en el asiento y me decía con voz histérica que tuviera cuidado o nos caeríamos. Lo cierto es que no me sorprendió lo más mínimo esta pequeña secuela. Estoy seguro de que, de haber sido yo el que iba delante, no me hubiese vuelto a montar con el mismo conductor y me lo habría pensado muy mucho antes de hacerlo con cualquier otro. Para dar por terminado este tema he de añadir algo más: si antes del golpe me sentía presionado e inquieto en las bajadas por la inestabilidad del triciclo, al reanudar los entrenamientos la presión y la inquietud se convirtieron en algo física y mentalmente doloroso. Por un lado estaba la presión de saber que no podía permitir que volviese a suceder algo parecido y, por otro, el hecho de que la horrible sensación de estar siempre al límite se había acentuado hasta lo insoportable. Llegué a preguntarme hasta dónde seríamos capaces de llegar con ese sufrimiento mental y ese permanente esfuerzo por llevar a mi compañero controlado. Para no volverme loco decidí dejar de preocuparme por el conjunto de algo tan inabarcable como “LO QUE PODRÍA SUCEDER” y dedicarme a ir solucionando las cosas conforme fueran sucediendo. Ese razonamiento me dio la tranquilidad que necesitaba para volver a pedalear con relativa calma.

Cuando empezamos a plantearnos lo del Camino con el triciclo veíamos el mes de agosto como algo “muy, muy lejano”, casi tanto como el país de Shrek, el famoso ogro del cine. Sin embargo, el tiempo pasó volando, como siempre, y sin darnos cuenta nos encontramos inmersos en la semana previa a la partida. Habíamos hecho dos pequeñas sesiones de entrenamiento desde el accidente y solo nos quedaba tiempo para una tercera. En esta última iba a acompañarnos Richi que había dicho que le apetecía rodar un poco con nosotros y, de paso, probar el triciclo. Mientras le estábamos esperando me di cuenta de que las ruedas delanteras

del tándem estaban extrañamente gastadas. Daba la impresión de que la cubierta había ido desapareciendo de la cara interna dejando la parte de fuera casi intacta. Se lo comenté a Richi y estuvimos de acuerdo en que era una barbaridad que los neumáticos de delante solo durasen 250 km, que eran los que llevábamos rodados desde que habíamos estrenado el Copilot, pero nos resignamos achacándolo al peso de Gerardo. Decidimos que habría que llevar cuatro juegos completos de repuesto para garantizar los 800 km de la ruta y pasamos a otra cosa. Unos días más tarde, rodando por las carreteras de Navarra, íbamos a pasarlas canutas y nos acordaríamos de esa conversación y de la última que mantuvimos con el mecánico. Pero de eso ya hablaremos más adelante.

Acabo de darme cuenta de que, antes de poder meterme de lleno a contar la aventura, tengo que hablar de dos cosas. Son dos detalles muy importantes y que, al fin y a la postre, resultarán vitales para nosotros. Ambos tienen un nombre propio: Víctor y Marimar o Marimar y Víctor, que, como suele decirse: *tanto monta, monta tanto*. Los presentaré siguiendo el orden de los acontecimientos.

No sé si recordaréis que empecé este relato pidiendo permiso a un tal Víctor para utilizar las palabras de su documental. ¿Os dais cuenta? Pues bien, por la época en que empecé a buscar el triciclo, Richi colaboraba en un programa deportivo de la radio al que iba una vez al mes para hablar de ciclismo. El director del programa era un uruguayo llamado Víctor el cual, un buen día, le dijo a Richi que iba a dejar de trabajar en ese medio y que iba a montar una productora de TV para hacer trabajos por encargo. Le comentó que una de las primeras cosas que iba a producir sería un pequeño documental sobre el Camino de Santiago para proyectar en Sudamérica. Richi le dijo que, curiosamente, en esos momentos él también se hallaba liado de alguna manera con lo mismo ya que estaba buscando un triciclo-tándem para que un chico sordo-ciego hiciera el Camino con su entrenador. Víctor dice que algo en su interior dio un respingo al oír aquello y que su primera reacción fue pedirle a Richi que concertara una entrevista con nosotros para ver cuáles eran nuestros planes. Lógicamente, le dijimos que no había ningún problema en hablar con él y quedamos una tarde a las 20:00 h en la puerta de ANCA.

Fuimos Gerardo, Adolfo y yo ya que quería conocernos a los tres. Una vez que Richi hizo las presentaciones, Víctor tomó la palabra y empezó contándonos que él ya había hecho el Camino en dos ocasiones y siguió con todo lo referente al encargo del documental sobre la ruta y al impulso que tuvo de acompañarnos al oír hablar de nosotros. Le dijimos que no teníamos inconveniente en que nos acompañara pero que nosotros íbamos a hacer nuestro Camino de la misma forma tanto

si había cámaras como si no las había. Que nos parecía buena idea que la aventura de Gerardo pudiera quedar plasmada en imágenes para que la gente llegara a saber de las capacidades de las personas con discapacidad pero que no íbamos a supeditar nada a nadie. Le pareció correcto y quiso saber cuáles eran nuestros planes sobre fechas de salida, etapas, horarios... Conforme íbamos hablando notamos que él se iba entusiasmando y terminó por decir que quería hacerlo a toda costa, que nos iba a acompañar con dos cámaras, que estaría todo el día siguiéndonos, que aquello iba a ser la bomba... Adolfo y yo nos miramos con un gesto de incredulidad y le dijimos que de acuerdo, que si él creía que le merecía la pena, por nosotros no iba a quedar. Quiso saber cuánto le íbamos a cobrar por permitirle utilizar nuestras imágenes y le dijimos que nos daríamos por satisfechos si conseguía que la sociedad mirara con otros ojos a la gente como Gerardo. ¿Queréis que os diga de verdad que fue lo que pensamos de él? Pensamos que era un flipado, un soñador o, a lo peor, un fantasma y no nos creímos ni una sola palabra de lo que dijo.

—¡Esto va a ser increíble! Tengo que hacerlo. ¿Ves cuando sabes que tenés que hacer algo? Pues yo tengo que hacerlo —dijo.

—¿Pero tú crees que a alguien le va a interesar esto? —le pregunté.

—Claro que sí. Vos no te das cuenta... pero esto hay que contarlo. Y yo lo voy a contar —insistió exaltado.

—Tú mismo —le contesté sonriendo, y Adolfo y yo volvimos a mirarnos.

Lo de Marimar es otra historia. Ella es una de esas pocas (muy pocas) personas que se mantienen a lo largo de toda su vida con el candor que se les supone a los niños y la lucha por utópicos ideales que se les supone a los jóvenes. Incansable en su sonrisa y en su dulzura. Paño de lágrimas de muchos, a pesar de estar ella misma deshecha en lágrimas. Supo de nuestra aventura cuando ésta se estaba aún gestando y, desde el primer momento, dijo que le encantaría participar, ayudarnos en lo que fuera, acompañarnos, ser testigo de todo... Le dije que sí, que por supuesto, que estaría muy feliz de que viniera. Y cuando lo dije no fue por hacerle a ella un favor sino por hacérselo a nosotros, al resto del grupo. ¡Qué enorme acierto! De todas las decisiones que hubo que tomar desde que empezamos a pensar en el Camino de Gerardo hasta que finalmente llegamos a Compostela, esa fue la mejor de todas. Desde el primero al último día cuidó de que no nos faltara de nada. Los desayunos, los almuerzos y la mayor parte de las cenas fueron siempre cosa suya. Ni un solo día hubo que esperar. Llegábamos a los sitios concertados y ya teníamos los bocadillos o la fruta o lo que quiera que ese día le hubiésemos dicho que nos apetecía. Los

cuidados que le prodigó a Gerardo, atenta siempre al más mínimo detalle, hicieron que a mi amigo se le llenara continuamente la boca hablando de Mar. Aún hoy, cinco meses después de que la ruta terminara, no hay día que no me pregunte por ella y, absolutamente todas las semanas, me da una carta para que le envíe “...porque somos amigos de amor”, dice él. Por cierto, Marimar es mi hermana pequeña pero somos gemelos porque nació el mismo día que yo. ¡Qué importa que fuera cuatro años más tarde!